



Fotos facilitadas por Manuel Moral Castro, Laura Merino y Juan Ramón Rodríguez (Archivo Mpal.)

A principios del siglo XX, en toda la penillanura de la Sierra de Andújar y Cardeña, por las dehesas recién desmontadas, se cultivaba el cereal, fundamentalmente trigo y cebada. La nueva fábrica electroharinera con innovador sistema austrohúngaro Daverio, de Cardeña supuso un avance industrial en la zona, sin precedentes. Salvo por un obstáculo en principio infranqueable, el abrupto y salvaje barranco del río Yeguas.

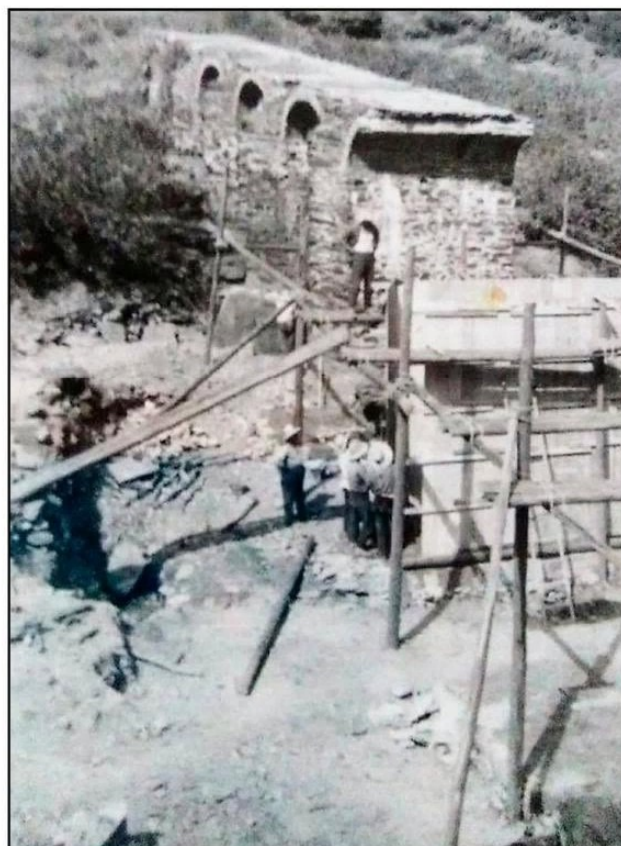
Fincas como Valdelagrana, las Pilas, Ventaquemá o las Tapias, tenían una oportunidad “a huevo” si no querían seguir bajando a Andújar en más de una jornada en reatas de “bestias”.

Juan Obejo, uno de los propietarios, se propuso financiar un puente que conectara ambas vertientes, pero el tiempo apremiaba. La suerte hizo que por entonces, Leocadio Checa Jiménez trabajara en Valdelagrana.

Pastor, matero pero también sin títulos, como era aquella gente, perito, ingeniero, contratista y director de obras improvisado. Conocimientos que el hombre de campo dominaba. Era gente que sabía de dónde venía, a dónde iba y por supuesto...dónde estaba. Contrató a más de medio centenar de obreros, en su mayo-

ría portugueses que andaban desmontando por la zona.

En 1918 comenzaron las obras del puente de Valdelagrana (o de Obejo) a marchas for-



zadas. Puntales de enebro y encina, piedras ciclópeas de la zona, ladrillos cocidos y mucho, mucho ingenio.

Como el vado era casi inaccesible, tuvieron que hacer un sinuoso camino que aún conserva el nombre de la “M”. Por él, bajaban los materiales casi artesanales y los víveres necesarios para tan amplia y coordinada cuadrilla intercultural (que dirían ahora).

El puente se acabó y durante décadas fue el único acceso entre las dos vertientes del río Yeguas que conectaba la Sierra de Andújar con la de Cardeña.

Conforme la sierra se fue deshabitando, el puente perdió su uso y fue colonizado por malezas, años de olvido y desagrado a sus mentores.

Seguro que las últimas partías de guerrilleros lo cruzaron en su huida hacia la nada. Las huellas del Vidrio o el Obispo se intuyen, no quedaba ya donde ir.

En la película *Entrelobos* de Gerardo Olivares cobra protagonismo en una secuencia en la que Carlos Bardem (hasta se descubre el sombrero!!) espeta al chaval en un andaluz forzado, tras cruzar el puente: “*Ahí ties, nene, el valle del Silencio, a vé quién tie cojone a viví ahí*”.

Hoy día, después de más de un siglo, el puente de Valdelagrana continúa en pie. Casi olvidado, pero con esa belleza de lo indómito, que lo hace aún más extraordinario. Muchos de los caminos que se hicieron para llegar a él y que daban vida a la sierra, se encuentran cortados por “los de siempre”, incluida la famosa cuesta de la M, y sentarse en su pretil es un

acto casi sacro. Y pienso que si hay algo sagrado no está muy lejos de aquí, lejos de cornetas y sin más incienso que el del cantueso que puebla estas laderas.

Agradezco a Laura Merino la cesión de una de sus fotos que amplié para regalársela a D. Leocadio Rueda, nieto de aquel GENIO que dirigió esta obra faraónica sin más intuición que la de la gente de campo. La emoción al ver el puente que construyó su abuelo me hace reflexionar sobre el fin de una estirpe. Aquella gente que trabajó, ante todo, para que la sierra estuviera, a pesar de todas las dificultades más comunicada y en definitiva más unida. ¿Qué pensarían al ver tantas cadenas, candados y cortes de caminos?



Gentes de Cardeña, os deseo en estas fiestas locales Salud, Naturaleza, larga y bella vida como al puente de Valdelagrana.

